

El hombre de (según) Dios

Charles Henry MACKINTOSH

biblicom.org

Índice

1 - El hombre natural	5
1.1 - Los extremos de la condición humana	5
1.2 - Diversidades dentro de una misma categoría social: temperamentos contrarios u opuestos	5
1.3 - Del hombre más abyecto al hombre más honorable	5
1.4 - El gran mosaico de opiniones religiosas sin vida espiritual	6
1.5 - La ausencia de relación con Dios, ningún vínculo con el cielo	6
1.6 - Una realidad terrible, la perspectiva del castigo eterno	7
1.7 - La locura de rechazar las advertencias de la Palabra de Dios	7
1.8 - El urgente llamado al arrepentimiento	7
1.9 - El peligro de una fe superficial, de una religión sin convicción de pecado	8
1.10 - El peligro de simplificar excesivamente el Evangelio	8
1.11 - La necesidad absoluta del nuevo nacimiento	8
1.12 - El diagnóstico bíblico del hombre natural	9
1.13 - La única solución: nacer de nuevo	9
1.14 - El remedio divino: Cristo crucificado y resucitado	9
1.15 - La obra expiatoria de Cristo en la cruz del Calvario	10
1.16 - Su resurrección triunfante, su elevación y su lugar en el cielo	10
1.17 - Las bendiciones recibidas por la fe	10
2 - Un hombre en Cristo	11
2.1 - Un breve recordatorio de la condición humana	11
2.2 - La solución divina: una nueva posición y una nueva vida	11
2.3 - Las palabras del mismo Jesucristo	12
2.4 - La posición inalterable de todo creyente: «en Cristo».	12
2.5 - Sin embargo, la condición práctica de los creyentes varía: madurez, santidad, crecimiento...	13
2.6 - El primer hombre (Adán) queda completamente apartado	13
2.7 - La importancia de comprender nuestra identificación con Cristo en su muerte y resurrección	14
2.8 - El peligro del ritualismo y de la religiosidad	14
2.9 - Prosiguiendo el tema de nuestra identificación con Cristo	15
2.10 - La explicación detallada de Romanos 6	16
2.11 - Cita también de Colosenses	17
2.12 - Los creyentes son celestiales	18

2.13 - La posición inalterable y el estado personal variable según los creyentes	18
--	----

3 - El hombre de Dios 19

3.1 - Una observación previa: no todos los creyentes son hombres de Dios	19
3.2 - Las enseñanzas de la Segunda Epístola a Timoteo	19
3.3 - Una Epístola marcada por el declive espiritual	20
3.4 - Las instrucciones destinadas a sostener al hombre de Dios en un día malo	20
3.5 - 2 cualidades fundamentales: una conciencia pura y una fe sincera . .	21
3.6 - La importancia de tener una conciencia pura	21
3.7 - Una protección contra la opinión humana	22
3.8 - Que seamos guardados de empezar bien y terminar mal	22
3.9 - El peligro real de las influencias humanas	22
3.10 - Vivir ante Dios en comunión personal con Él	23
3.11 - La verdadera comunión cristiana	23
3.12 - La comunión según Dios	23
3.13 - La diferencia entre una verdadera comunión y una simple asociación religiosa	24
3.14 - Las condiciones para la comunión mutua	24
3.15 - Los recursos y las responsabilidades del hombre de Dios	25
3.16 - Participar en los sufrimientos del Evangelio	27
3.17 - Los caracteres que debe tener el hombre de Dios	27
3.18 - Los recursos del hombre de Dios en tiempos difíciles	28
3.19 - El verdadero y gran recurso se encuentra siempre en un Cristo glorificado	28
3.20 - Una invitación al estudio personal de la Segunda Epístola a Timoteo	29
3.21 - Un llamamiento a la consagración total	29

«A fin de que el hombre de Dios sea apto y equipado para toda buena obra» (2 Tim. 3:17).

La frase que acabamos de escribir se encuentra en la Segunda Epístola de Pablo a su amado hijo Timoteo, una Epístola marcada, como sabemos, por una intensa individualidad. Todos los lectores atentos de las Escrituras han notado el llamativo contraste entre las 2 Epístolas de Pablo a Timoteo. En la Primera, la Iglesia está presentada en orden y se dan instrucciones a Timoteo sobre cómo debe comportarse en ella. En la Segunda, por el contrario, la Iglesia está presentada ya en ruina. La Casa de Dios se ha convertido en una casa grande, en la que hay vasos a deshonor como vasos a honor, y donde, además, abundan los errores y los males, las herejías y los falsos doctores por todas partes.

Es aquí, pues, en esta Epístola individual, donde se emplea la expresión «hombre de Dios» con una fuerza y un significado tan evidentes. Es en tiempos de ruina general, de fracaso, de declive y de confusión cuando se requieren especialmente la fidelidad, la dedicación y la decisión del hombre de Dios individual. Y es una gran misericordia para este hombre saber que, a pesar del fracaso sin esperanza de la Iglesia como testigo responsable de Cristo en esta tierra, el individuo tiene el privilegio de seguir un camino tan elevado, de saborear una comunión tan profunda y de disfrutar de bendiciones tan ricas como las que ha conocido o podría conocer en los días más brillantes y felices de la Iglesia.

Este es un hecho de lo más alentador y consolador, un hecho establecido por numerosas pruebas infalibles y expuesto en el mismo pasaje del que tomamos nuestro título, y que citaremos aquí extensamente para los lectores, un pasaje de singular peso y poder.

«Pero tú, persevera en lo que aprendiste y fuiste persuadido, sabiendo de quién lo aprendiste; y que desde la niñez conoces las Santas Escrituras, que pueden hacerte sabio para la salvación mediante la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura está inspirada por Dios, y útil para enseñar, para convencer, para corregir, para instruir en justicia; a fin de que el hombre de Dios sea apto y equipado *para toda buena obra*» [1] (2 Tim. 3:17).

[1] Los lectores deben saber que la palabra traducida como «completo o perfecto» en el pasaje anterior solo aparece una vez en todo el Nuevo Testamento. Es (*artios*) y significa listo, completo, bien ajustado, como un instrumento

con todas sus cuerdas, una máquina con todas sus piezas, un cuerpo con todos sus miembros, articulaciones, músculos y tendones. La palabra habitual para «perfecto» es (*telios*), que significa alcanzar el fin moral en cualquier cosa en particular.

Aquí tenemos al «hombre de Dios», en medio de la ruina y la confusión, las herejías y las prácticas morales de los últimos días, que se mantiene firme en su individualidad distintiva, «sea apto y equipado para toda buena obra». ¿Y no podemos preguntarnos qué más se podría decir en los días más brillantes de la Iglesia? Si nos remontamos al día de Pentecostés, con todo su despliegue de poder y gloria, ¿tenemos algo más elevado, mejor o más sólido que lo que se expresa en las palabras «apto y equipado para toda buena obra»?

¿Y no es una gran misericordia para cualquiera que quiera defender los intereses de Dios, en un día oscuro y malo, que se le diga que, a pesar de toda la oscuridad, todo el mal, todo el error y la confusión, posee lo que puede hacer sabio a un niño para la salvación, y hacer de un hombre un ser perfecto y perfectamente preparado para toda buena obra? Sin duda, así es, y debemos alabar a nuestro Dios con el corazón lleno y rebosante. Tener acceso, en días como estos, a la fuente eterna de inspiración, donde el niño y el hombre pueden encontrarse, beber y saciarse, esa fuente tan clara que no se puede ver su profundidad, y tan profunda que no se puede alcanzar el fondo, ese volumen sin igual, sin precio, que encuentra al niño en el regazo de su madre y lo hace sabio para la salvación; y que encuentra al hombre en la etapa más avanzada de su carrera práctica y lo hace perfecto o completo y totalmente equipado para las exigencias de cada momento. Esperamos tener la oportunidad, antes de concluir este artículo, de examinar más detenidamente el “hombre de Dios” y considerar cuál es la fuerza y el significado particulares de este término. Estamos íntimamente convencidos de que hay mucho más de lo que se suele entender.

Las Escrituras presentan al hombre bajo 3 aspectos: en primer lugar, el hombre en su naturaleza; segundo, el hombre en Cristo; y tercero, el hombre de Dios. Se podría pensar que el segundo y el tercero son sinónimos, pero encontraremos una diferencia muy importante entre ellos. Es cierto que debo ser un hombre en Cristo antes de ser un hombre de Dios, pero estos 2 términos no son en absoluto intercambiables.

Veamos, en primer lugar, qué es el hombre en su naturaleza.

1 - El hombre natural

1.1 - Los extremos de la condición humana

Se trata de una expresión muy completa. Bajo este título, encontraremos todos los matices posibles de carácter, temperamento y disposición. El hombre, en el plano de la naturaleza, se sitúa entre 2 extremos. Se le puede ver en el punto más alto de la cultura o en el punto más bajo de la degradación. Se le puede ver rodeado de todas las ventajas, los refinamientos y las supuestas dignidades de la vida civilizada, o se le puede encontrar sumido en todos los hábitos desvergonzados y bárbaros de la existencia de un pagano. Se le puede ver en los innumerables grados, rangos, clases y castas en los que se ha dividido la familia humana.

1.2 - Diversidades dentro de una misma categoría social: temperamentos contrarios u opuestos

Pero dentro de una misma clase o casta, encontrarán los contrastes más llamativos en cuanto a carácter, temperamento y humor. Hay, por ejemplo, un hombre de temperamento tan atroz que es el horror mismo de todos los que lo conocen. Es la pesadilla de su círculo familiar y una verdadera molestia para la sociedad. Solo se le puede comparar con un puercoespín con todas las púas erizadas perpetuamente; y si lo conocen una vez, no querrán volver a verlo nunca más. Por otro lado, hay un hombre de temperamento muy dulce y amable. Es tan atractivo como el otro es repulsivo. Es un marido tierno, cariñoso y fiel; un padre amable, afectuoso y atento; un maestro liberal y reflexivo; un vecino amable y generoso; un amigo generoso, querido por todos, y con razón; cuanto más lo conocen, más lo aprecian, y si lo conocen una vez, seguro que querrán volver a verlo.

1.3 - Del hombre más abyecto al hombre más honorable

Del mismo modo, en el escenario de la naturaleza se puede encontrar a un hombre que es falso y engañoso hasta lo más profundo de su corazón, y que se complace en la mentira, el engaño y la falsedad. Incluso cuando no hay ningún objetivo que alcanzar ni ningún interés que servir, prefiere la mentira a la verdad. Es malvado y despreciable en todos sus pensamientos, sus palabras y sus modales; es un

hombre al que todos los que lo conocen desearían ver lo más lejos posible. Por otro lado, pueden encontrarte con un hombre de principios elevados, franco, honorable, generoso y recto; alguien que desdeñaría decir una mentira o realizar una acción mezquina, cuya reputación es intachable, sin excepción. Su palabra se aceptaría sin dudar; es alguien con quien todos los que lo conocen estarían encantados de tener relación; un carácter natural casi perfecto; un hombre del que se podría decir que solo le falta una cosa.

1.4 - El gran mosaico de opiniones religiosas sin vida espiritual

Por último, al ir y venir por la plataforma de la naturaleza, se puede encontrar al ateo que finge negar la existencia de Dios, al infiel que niega la revelación de Dios, al escéptico y al racionalista que no cree en nada. Por otro lado, encontrarán al devoto supersticioso que pasa su tiempo en oraciones y ayunos, en mandamientos y ceremonias, y que está seguro de ganarse un lugar en el paraíso mediante una serie de agotadoras observancias religiosas que, de hecho, le impiden asumir las funciones y responsabilidades de la vida doméstica y social. Pueden encontrar hombres de todos los matices imaginables de opiniones religiosas, de la alta iglesia, de la baja iglesia, de la iglesia amplia y de la ausencia de iglesia; hombres que, sin una chispa de vida divina en su alma, luchan por las formas impotentes de una religión tradicional.

1.5 - La ausencia de relación con Dios, ningún vínculo con el cielo

Hay un hecho importante y terriblemente solemne común a todas estas clases, castas, grados, matices y condiciones de los hombres que ocupan la plataforma de la naturaleza, es que no hay el más mínimo vínculo entre ellos y el cielo, no hay vínculo con el Hombre que está sentado a la derecha de Dios, no hay vínculo con la nueva creación. Están sin Cristo y sin esperanza. No se han convertido. No han obtenido la vida eterna. En lo que respecta a Dios, a Cristo, a la vida eterna y al cielo, todos ellos –independientemente de sus diferencias morales, sociales y religiosas– se encuentran en un terreno común: están lejos de Dios, están fuera de Cristo, están en sus pecados, están en la carne, son del mundo, están en el camino de la Gehena.

1.6 - Una realidad terrible, la perspectiva del castigo eterno

Siendo este el caso, se deduce como una consecuencia necesaria y terrible que, bajo la plataforma de la naturaleza, y justo frente a todos los que se encuentran allí, están las llamas de un tormento eterno. Si escuchamos la voz de las Sagradas Escrituras, no hay escapatoria posible. Los falsos doctores pueden negarlo. Los infieles pueden fingir sonreír con desprecio ante esta idea, pero la Escritura es clara, tan clara como la claridad misma. En muchos lugares habla de un fuego que nunca se apagará y de un gusano que nunca morirá.

1.7 - La locura de rechazar las advertencias de la Palabra de Dios

Es el colmo de la locura tratar de dejar de lado el claro testimonio de la Palabra de Dios sobre este tema tan solemne y grave. Es mejor dejar que este testimonio pese con todo su peso y toda su autoridad sobre el corazón y la conciencia; es infinitamente mejor huir de la ira venidera que tratar de negar que viene y que, cuando venga, permanecerá para siempre, sí, para siempre, ¡y para siempre! ¡Un pensamiento inmenso! ¡Una consideración abrumadora! Que pueda hablar con poder vivo al alma de los lectores no convertidos, llevándolos a exclamar con toda sinceridad: “¿Qué hay que hacer?”.

1.8 - El urgente llamado al arrepentimiento

Sí, esta es la pregunta: «¿Qué debo hacer para ser salvo?» ([Hec. 16:30](#)). La respuesta divina está contenida en las siguientes palabras, pronunciadas por 2 de los embajadores más elevados y dotados de Cristo: «Arrepentíos» y «convertíos», le dice Pedro al judío ([Hec. 2:38; 3:19](#)). «Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa» (16:31), dijo Pablo al pagano. Y el último de estos 2 benditos mensajeros, al resumir su propio ministerio, definió así todo el asunto: «Insistiendo ante judíos y griegos sobre el arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesús» ([Hec. 20:21](#)).

1.9 - El peligro de una fe superficial, de una religión sin convicción de pecado

¡Qué sencillo! ¡Pero qué real! ¡Qué profundo! ¡Qué práctico! No se trata de una creencia nominal, nacional. No se trata de decir, por simple profesión de fe, “yo creo”. Ah, no; es algo mucho más profundo y mucho más serio que eso. Es de temer que gran parte de la fe que se profesa hoy en día sea lamentablemente superficial. Muchos de los que se agolpan en nuestras salas de predicación y nuestros anfiteatros no son, en definitiva, más que oyentes que se desvían del buen camino. El arado nunca ha pasado por ellos. El terreno baldío nunca ha sido desbrozado. La flecha de la convicción del pecado nunca los ha atravesado de parte a parte. Nunca han sido destrozados, removidos de arriba abajo, revolucionados de arriba abajo. Predicar el Evangelio a todas estas personas es como esparcir una semilla preciosa sobre el duro asfalto, la acera o la carretera transitada. Nunca penetra. No entra en las profundidades del alma; no alcanza la conciencia; no afecta al corazón. La semilla permanece en la superficie y es arrastrada por la primera brisa que pasa.

1.10 - El peligro de simplificar excesivamente el Evangelio

Y eso no es todo. También es de temer que muchos predicadores de hoy, en su esfuerzo por simplificar el Evangelio, pierdan de vista la necesidad eterna del arrepentimiento y la necesidad esencial de la acción del Espíritu Santo, sin la cual la supuesta fe no es más que un ejercicio humano y se desvanece como el vapor de la mañana, dejando al alma, satisfecha de sí misma, embadurnada con el mortero de un evangelio puramente humano que clama paz, paz, donde no hay paz, sino el peligro más inminente.

1.11 - La necesidad absoluta del nuevo nacimiento

Todo esto es muy grave y deberían llevar al alma a un profundo ejercicio. Queremos que los lectores reflexionen sobre ello seriamente y de inmediato. Les hacemos esta pregunta concreta, a la que les rogamos que respondan ahora mismo: “¿*Tienen vida eterna?* Díganme, queridos amigos, ¿*tienen vida eterna?*” «El que cree en el Hijo tiene vida eterna» (Juan 3:36). ¡Gran realidad! Si no la tienen, no tienen nada. Siguen estando en la plataforma de la naturaleza de la que tanto hemos hablado. Sí, siguen estando ahí, aunque seas el mejor ejemplar que se pueda encontrar: amable, edu-

cado, afable, franco, generoso, veraz, recto, honorable, seductor, querido, erudito, culto e incluso piadoso a la manera puramente humana. Pueden ser todo eso y, sin embargo, no tener ni un solo latido de vida eterna en sus almas.

1.12 - El diagnóstico bíblico del hombre natural

Puede parecer duro y severo. Pero es la verdad, y tarde o temprano la descubrirán. Queremos que la descubran *ahora mismo*. Queremos que se den cuenta de que están verdaderamente perdidos, arruinados, en el sentido más completo de la palabra. Se ha presentado una demanda de quiebra contra ustedes ante el alto tribunal de los cielos. Estos son los términos: «Los que están en la carne no pueden agradar a Dios» (Rom. 8:8). ¿Alguna vez han reflexionado sobre estas palabras?

¿Alguna vez han visto que se aplican a ustedes? Mientras sean impenitentes, inconversos, incrédulos, no pueden hacer nada para agradar a Dios, nada en absoluto. «En la carne» y “en la plataforma de la naturaleza” significan lo mismo; y mientras estén ahí y así, no pueden agradar a Dios.

1.13 - La única solución: nacer de nuevo

«Os es necesario nacer de arriba» (Juan 3:7) –renovados en lo más profundo de vuestro ser, la naturaleza del hombre es totalmente incapaz de ver y no es apta para entrar en el reino de Dios. Hay que nacer del agua y del Espíritu, es decir, de la Palabra viva de Dios y del Espíritu Santo. No hay otra manera de entrar en el reino. No es mediante la superación personal, sino mediante el nuevo nacimiento, como alcanzamos el bendito reino de Dios. «Lo que es nacido de la carne, carne es» (Juan 3:6), y la carne no sirve para nada, porque «los que están en la carne no pueden agradar a Dios».

1.14 - El remedio divino: Cristo crucificado y resucitado

¡Cuán claro es todo esto! ¡Cuán preciso! ¡Qué plenitud! ¡Cuán personal! Deseamos fervientemente que los lectores no despiertos o indecisos tomen conocimiento de ello ahora mismo, como si fuera el único individuo en la faz de la tierra. No hay que generalizar, contentarse con decir: “Todos somos pecadores”. No, se trata de una cuestión intensamente individual. «A menos que el hombre nazca de nuevo».

Si aún preguntan: “¿Cómo?”, escuchen la respuesta divina de los labios del propio Maestro: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, asimismo es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él tenga vida eterna» ([Juan 3:14-15](#)).

1.15 - La obra expiatoria de Cristo en la cruz del Calvario

He aquí el remedio soberano para todo pobre pecador con el corazón quebrantado, la conciencia herida, desesperadamente arruinado, merecedor de la Gehena; para toda persona que se reconoce perdida, que confiesa sus pecados y se juzga a sí misma; para toda alma cansada, cargada con un pesado fardo, abrumada por el pecado: he aquí la bendita promesa del mismo Dios. Jesús murió para que ustedes vivieran. Fue condenado para que ustedes fueran justificados. Bebió la copa de la ira de Dios para que ustedes pudieran beber la copa de la salvación. Mírenlo colgado en esa cruz por ustedes. Miren lo que ha hecho por ustedes. Crean que Él ha satisfecho, por ustedes, todas las exigencias, las exigencias infinitas y eternas del trono de Dios. Veán todos sus pecados echados sobre Él, vuestra culpa imputada a Él, toda vuestra condición representada y resuelta por Él. Veán su muerte expiatoria respondiendo perfectamente a todo lo que ha sido o podrá ser jamás retenido contra ustedes.

1.16 - Su resurrección triunfante, su elevación y su lugar en el cielo

Véanlo resucitar de entre los muertos, después de haber cumplido la obra que Dios le había confiado. Véanlo ascender a los cielos, llevando en su Persona divina las marcas de su expiación consumada. Véanlo sentado en el trono de Dios, en la más alta posición de poder. Véanlo coronado de gloria y honor.

1.17 - Las bendiciones recibidas por la fe

Crean en él y recibirán el don de la vida eterna, el sello del Espíritu Santo, las arras de la herencia. Abandonarán la plataforma de la naturaleza: serán «un hombre en Cristo».

2 - Un hombre en Cristo

2.1 - Un breve recordatorio de la condición humana

Para todos aquellos cuyos ojos han sido abiertos para ver su verdadera condición, por naturaleza –que han sido llevados por el poder convincente del Espíritu Santo– que han comprendido el verdadero significado de un corazón contrito y un espíritu humilde, para todos ellos es de gran interés conocer el secreto divino del descanso y la paz. Si es cierto –y es cierto, porque Dios lo dice– que «los que están en la carne no pueden agradar a Dios», entonces, ¿cómo podemos salir de ahí? ¿Cómo podemos abandonar la plataforma de la naturaleza humana? ¿Cómo podemos alcanzar la bendita posición de aquellos a quienes el Espíritu Santo declara: «No estáis en [la] carne, sino en [el] Espíritu» (Rom. 8:8-9)?

Estas son preguntas fundamentales. Debemos saber y recordar que ninguna mejora de nuestra antigua naturaleza tiene el menor valor para nuestra posición ante Dios. Un hombre puede, en lo que respecta a esta vida, perfeccionarse por todos los medios a su alcance, cultivar su mente, enriquecer su memoria, elevar su nivel moral, mejorar su posición social. Todo esto es cierto, tan cierto que no es necesario argumentarlo.

2.2 - La solución divina: una nueva posición y una nueva vida

Pero si admitimos, de la manera más completa, la verdad de todo esto, no tocamos en absoluto la declaración solemne y radical del apóstol inspirado, según la cual «los que están en la carne no pueden agradar a Dios». Debe haber una posición completamente nueva, y esa nueva posición no puede alcanzarse mediante ningún cambio de la vieja naturaleza, mediante ninguna acción, ninguna palabra, ningún sentimiento, ninguna ordenanza religiosa, ninguna oración, ninguna limosna ni ningún sacramento. Hagan lo que quieran con la naturaleza, seguirá siendo naturaleza. «Lo que es nacido de la carne, carne es»; y hagan lo que hagan con la carne, no pueden convertirla en espíritu. Debe haber una nueva vida, una vida que emane del nuevo hombre, del último Adán, que se convirtió, en la resurrección, en el Jefe de una nueva raza.

2.3 - Las palabras del mismo Jesucristo

¿Cómo obtener esta vida tan preciosa? Escuchen la respuesta memorable, escúchenla, lectores ansiosos, escúchenla y vivan. «En verdad, en verdad os digo, que quien oye mi palabra, y cree a aquel que me envió, tiene vida eterna, y no entra en condenación, sino que ha pasado ya de muerte a vida» ([Juan 5:24](#)).

Aquí tenemos un cambio total de posición –un tránsito de la muerte a la vida– de una posición en la que no hay el menor vínculo con el cielo a una nueva creación, con el hombre resucitado en la gloria, una posición en la que ya no hay el menor vínculo con el primer hombre, con la antigua creación y con este mundo malvado actual. Y todo ello creyendo en el Hijo de Dios, no diciendo que creemos, sino creyendo realmente, verdaderamente, de todo corazón, en el Hijo de Dios, no con una creencia mental, una fe nominal, conceptual, intelectual, sino creyendo con el corazón.

Solo así se llega a ser ***un hombre en Cristo***.

2.4 - La posición inalterable de todo creyente: «en Cristo».

Todo verdadero creyente es un hombre en Cristo. Ya sea un converso de ayer o un santo con 50 o 60 años de antigüedad como cristiano, cada uno se encuentra precisamente en la misma posición bendita: está en Cristo. No puede haber ninguna diferencia. La situación práctica puede diferir enormemente, pero la posición positiva es una y la misma. Del mismo modo que en la plataforma de la naturaleza se pueden encontrar todos los matices, todos los grados, todas las clases y todas las condiciones imaginables, aunque todos tengan una posición común, del mismo modo en la nueva plataforma divina y celestial se pueden encontrar todas las variedades posibles de condiciones prácticas; la mayor diferencia posible en inteligencia, experiencia y poder espiritual, mientras que todos poseen la misma posición ante Dios, todos estando en Cristo. No puede haber grados en la posición, sea cual sea la condición. El converso de ayer y el padre de familia en Cristo son iguales en términos de estatus. Cada uno es un hombre en Cristo, y no puede haber progreso en relación con eso. A veces oímos hablar de “la vida cristiana superior”, pero, estrictamente hablando, no existe una vida cristiana superior o inferior, ya que Cristo es la vida de cada creyente.

2.5 - Sin embargo, la condición práctica de los creyentes varía: madurez, santidad, crecimiento...

Es posible que quienes utilizan esta expresión tengan buenas intenciones. Probablemente se refieren a las etapas superiores de la vida cristiana: una mayor cercanía a Dios, una mayor semejanza con Cristo, un mayor poder en el Espíritu, una mayor devoción, una mayor separación del mundo, una mayor consagración del corazón a Cristo. Pero todas estas cosas se refieren a nuestra condición, no a nuestra posición. Esta última es absoluta, establecida, inmutable. Está en Cristo, nada menos, nada más, nada diferente. Si no estamos en Cristo, estamos en nuestros pecados; pero si estamos en Cristo, no podemos estar más arriba en lo que respecta a nuestra posición.

2.6 - El primer hombre (Adán) queda completamente apartado

Si los lectores quieren acompañarnos por unos instantes, en [1 Corintios 15:45-48](#), encontrarán allí una poderosa enseñanza sobre esta gran verdad fundamental. El apóstol habla aquí de 2 hombres, “el primero y el segundo”. Hay que señalar que el segundo hombre no está vinculado en modo alguno al primero por un vínculo federal, sino que se opone a él; es una fuente de vida nueva, independiente, divina, celestial, en sí mismo. El primer hombre ha sido completamente apartado, como criatura arruinada, culpable y excluida. Hablamos de Adán desde un punto de vista federal –como jefe de una raza, Adán fue salvado por la gracia; pero si lo consideramos desde un punto de vista federal, lo vemos como un náufrago sin esperanza.

El primer hombre es una ruina irremediable. Esto lo demuestra la existencia de un segundo hombre, pues realmente se puede decir de los hombres como de las alianzas: «Si el primer [pacto] hubiera sido irreprochable, no se habría buscado lugar para un segundo» (vean [Hebr. 8:7](#)). Pero el mero hecho de la introducción de un segundo hombre demuestra la ruina irremediable del primero. ¿Por qué un segundo, si no se podía hacer nada con el primero? Si nuestra vieja naturaleza de Adán fuera, de alguna manera, susceptible de mejora, no habría necesidad de algo nuevo. Pero «los que están en la carne no pueden agradar a Dios». «Porque ni la circuncisión es algo, ni la incircuncisión, sino la nueva creación» ([Rom. 8:8](#); [Gál. 6:15](#)).

Toda esta línea de enseñanza tiene una inmensa fuerza moral. Presenta al cristianismo en un contraste sorprendente con cualquier forma de religiosidad bajo el sol.

Tomen el judaísmo o cualquier otra *forma de religión* que se haya conocido o que exista actualmente en este mundo, y ¿qué observan? ¿No está invariablemente concebida para poner a prueba, examinar, mejorar o hacer progresar al primer hombre? Sin duda alguna.

2.7 - La importancia de comprender nuestra identificación con Cristo en su muerte y resurrección

Pero ¿qué es el cristianismo? Es algo completamente nuevo, celestial, espiritual, divino. Se basa en la cruz de Cristo, en la que el primer hombre llegó a su fin, donde el pecado fue eliminado, el juicio dictado, el viejo hombre crucificado y apartado de la vista de Dios para siempre, en lo que respecta a todos los creyentes. La cruz cierra, para la fe, la historia del primer hombre. «Con Cristo estoy crucificado» (Gál. 2:19), dice el apóstol. Y aún más: «Los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con las pasiones y los deseos» (Gál. 5:24).

¿Se trata de simples figuras retóricas, o bien expresan, a través de las poderosas palabras del Espíritu Santo, el hecho grandioso del abandono total de nuestra vieja naturaleza, como algo totalmente inútil y condenado? En este último caso, sin duda, bendito sea Dios. El cristianismo parte, por así decirlo, de la tumba abierta del segundo hombre, para continuar su brillante carrera hacia la gloria eterna. Es, sin duda, una nueva creación en la que no hay el menor rastro de la antigua, porque “todo es de Dios”. Y si “todo” es de Dios, no puede haber nada humano.

¡Qué descanso! ¡Qué consuelo! ¡Qué fuerza! ¡Qué elevación moral! ¡Qué dulce alivio para la pobre alma abrumada que ha buscado en vano, durante años quizás, encontrar la paz en la mejora de sí misma! ¡Qué liberación del miserable yugo de la legalidad, en todas sus fases, que descubrir el precioso secreto de que mi yo culpable, arruinado, en bancarota! –lo mismo que he intentado, por todos los medios a mi alcance, mejorar– ha sido completamente y para siempre dejado de lado, que Dios no busca ninguna enmienda en él, que lo ha condenado y dado muerte en la cruz de su Hijo.

2.8 - El peligro del ritualismo y de la religiosidad

¡Qué respuesta para el monje, el asceta y el ritualista! ¡Oh, si se comprendiera en todo su poder emancipador este cristianismo celestial, divino, espiritual! Si se co-

nociera en su poder vivo y su realidad, liberaría al alma de las mil y una formas de religión corrupta con las que el enemigo jurado y el seductor arruinan las almas de millones de personas. Podemos decir verdaderamente que la obra maestra de Satanás –su esfuerzo más exitoso contra la verdad del Evangelio, contra el cristianismo del Nuevo Testamento– se manifiesta en el hecho de que lleva a las personas no convertidas a tomar y aplicar a sí mismas las ordenanzas de la religión cristiana y a profesar muchas de sus doctrinas. De esta manera, les hace perder de vista su verdadera condición, es decir, que están completamente arruinados, son culpables e irrecuperables, y asesta un golpe fatal al puro Evangelio de Cristo. La mejor prenda que jamás se haya puesto sobre la «vieja vestimenta» de la naturaleza arruinada del hombre es la profesión del cristianismo; y cuanto más hermosa es la prenda, más grave es el desgarró (vean [Marcos 2:21](#)).

2.9 - Prosiguiendo el tema de nuestra identificación con Cristo

Prestemos atención a las siguientes palabras del mayor maestro y mejor representante del verdadero cristianismo que el mundo haya conocido jamás. «Porque yo mediante [la] ley he muerto a [la] ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy crucificado; y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí». Fíjense bien: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí». El antiguo «yo» –«crucificado». El nuevo «yo» –Cristo. «Lo que ahora vivo en [la] carne [2], lo vivo en [la] fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y sí mismo se dio por mí» ([Gál. 2:19-20](#)).

[2] Los lectores distinguirán entre la expresión «en la carne» tal y como se utiliza en [Gálatas 2:20](#) y en [Romanos 8:8-9](#). En el primer caso, se refiere simplemente a nuestra condición en el cuerpo. En el segundo, enuncia el principio o fundamento de nuestra posición. El creyente está en el cuerpo, en lo que respecta a su condición, pero no está en la carne en lo que respecta al principio de su posición. Sin embargo, muy a menudo la expresión «en la carne» es sinónimo de «en el cuerpo». Debemos reflexionar más profundamente sobre las palabras de las Escrituras.

Eso es, y nada más, el cristianismo. No es «el viejo hombre» ([Efe. 4:22](#); [Col. 3:9](#)) –el primer Adán– la naturaleza, la que se vuelve religiosa, aunque la religión sea la profesión de las doctrinas y la adopción de las ordenanzas del cristianismo. No, se trata de la muerte, la crucifixión, el entierro del viejo hombre –el viejo yo–, la vieja

naturaleza, y la transformación en un hombre nuevo en Cristo. Todo verdadero creyente es un hombre nuevo en Cristo. Ha dejado la vieja creación –de pie– el antiguo estado de pecado y muerte, de culpa y condenación; y ha pasado a una nueva creación –de pie– a un nuevo estado de vida y justicia en un Cristo resucitado y glorificado –el jefe de la nueva creación– el último Adán.

Tal es la posición e inalterable postura del más débil de los creyentes en Cristo. No hay absolutamente ninguna otra posición para un cristiano. Debo estar o bien en el primer hombre, o bien en el segundo. No hay un tercer hombre, porque el segundo hombre es el último Adán. No hay término medio. O estoy en Cristo, o estoy en mis pecados. Pero si estoy en Cristo, soy como Él ante Dios. «Como él es, así somos nosotros en este mundo» (1 Juan 4:17). No dice “tal como era”, sino «como él es». En otras palabras, Dios considera al cristiano como uno con Cristo en todos los aspectos, excepto, por supuesto, en su divinidad, que es incommunicable. Este bienaventurado ocupó el lugar del creyente, llevó sus pecados, murió, pagó su pena, lo representó en todos los aspectos, tomó toda su culpa, todo su pasivo, todo lo que se refería a él como hombre por naturaleza, se mantuvo como su sustituto, en toda la verdad y realidad de esta palabra, y habiendo respondido divinamente a su caso y llevado su juicio, resucitó de entre los muertos y ahora es el jefe, el representante y la única definición verdadera del creyente ante Dios.

2.10 - La explicación detallada de Romanos 6

Las Sagradas Escrituras dan el mayor testimonio de esta verdad gloriosa y emancipadora. El pasaje de Gálatas que acabamos de citar es una declaración muy viva, poderosa y concisa. Y si los lectores se dirigen a Romanos 6, encontrarán otras pruebas. Citaremos algunas de las frases más importantes.

«¿Qué diremos, pues? ¿Permaneceremos en el pecado, para que la gracia abunde? ¡De ninguna manera! Los que morimos al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿Ignoráis que todos los que fuimos bautizados a Jesucristo, en su muerte fuimos bautizados? Fuimos, pues, sepultados con él mediante el bautismo en la muerte; para que como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos identificados con él en la semejanza de su muerte, también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre ha sido crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, está justificado del pecado. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos

con él; sabiendo que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, murió al pecado una vez por todas; pero en cuanto vive, vive para Dios. Así también vosotros, consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» ([Rom. 6:1-11](#)).

Queridos lectores, fíjense especialmente en estas palabras de la cita anterior: «Hemos muerto» –«Hemos sido sepultados»– «Así como Cristo resucitó... también nosotros» –«Nuestro viejo hombre ha sido crucificado con él» –«Muertos con Cristo»– «Muertos al pecado».

¿Entendemos realmente estas palabras? ¿Hemos comprendido su verdadero significado y su fuerza? ¿Percibimos realmente su aplicación a nosotros mismos? Son preguntas difíciles para el corazón, pero necesarias. La verdadera doctrina de [Romanos 6](#) es muy poco comprendida. Miles de personas profesan creer en la virtud expiatoria de la muerte de Cristo, pero no ven en ella más que el perdón de sus pecados. No ven la crucifixión, la muerte y la sepultura del viejo hombre –la destrucción del cuerpo del pecado– la condenación del pecado, el abandono total del viejo sistema de cosas perteneciente a su condición de primer Adán, en una palabra, su perfecta identificación con un Cristo muerto y resucitado. Por eso llamamos la atención de los lectores sobre esta gran y muy importante línea de verdad. Se encuentra en la base misma de todo cristianismo verdadero y es parte integrante de la verdad del Evangelio.

2.11 - Cita también de Colosenses

Escuchemos otros testimonios sobre este punto. Escuchen lo que el apóstol dice a los colosenses: «Si moristeis con Cristo a los elementos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis aún en el mundo, os sometéis a decretos tales como: No tomes, ni gustes, ni toques? Todas estas cosas están destinadas a perecer con el uso y son según preceptos y enseñanzas de hombres. Los cuales tienen, a la verdad, apariencia de sabiduría, con una voluntaria devoción, una falsa humildad y duro trato para el cuerpo; pero no tienen ningún valor contra los deseos de la carne. Si, pues, fuisteis resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra; porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (2:20 al 3:3).

2.12 - Los creyentes son celestiales

Una vez más, preguntémonos hasta qué punto comprendemos la verdadera fuerza, el significado y la aplicación de palabras como estas: «¿*Por qué como si vivieseis aún en el mundo?*». ¿Vivimos en el mundo o en el cielo? El verdadero cristiano es aquel que ha muerto a este mundo presente y malo. Ya no tiene nada que ver con él, al igual que Cristo. «Como Cristo... nosotros también». Ha muerto a la Ley, ha muerto al pecado, vive en Cristo, vive para Dios, vive en la nueva creación. Pertenece al cielo. Está inscrito como ciudadano del cielo. Su religión, su política, su moral son todas celestiales. Es un hombre celestial que camina sobre la tierra y cumple con todos los deberes relacionados con las diversas relaciones en las que la mano de Dios lo ha colocado y en las que la Palabra de Dios lo reconoce mejor y lo guía ampliamente, como esposo, padre, maestro, hijo, siervo, etc. El cristiano no es ni un monje, ni un asceta, ni un ermitaño. Es, repetimos, un hombre celestial, espiritual, en el mundo, pero no *de él*. Es como un extranjero en lo que respecta a su residencia aquí. Está en el cuerpo, en lo que se refiere a su condición, pero no en la carne en lo que se refiere al principio de su posición. Es *un hombre en Cristo*.

2.13 - La posición inalterable y el estado personal variable según los creyentes

Antes de terminar este artículo, nos gustaría llamar la atención de los lectores sobre [2 Corintios 12](#). Allí encontrará tanto la *posición positiva* como el *estado posible del* creyente. El estatus es fijo e inalterable, tal y como se expresa en esta frase global: «Un hombre en Cristo» (v. 2). El estado puede variar entre los 2 extremos que se presentan en los versículos inicial y final de este capítulo. Un cristiano puede encontrarse en el tercer cielo, en medio de las visiones seráficas de ese lugar bendito y santo; o bien, si no está atento, puede caer en todas las cosas groseras y malas mencionadas en los versículos 20 y 21.

Cabe preguntarse si es posible que un verdadero hijo de Dios se encuentre alguna vez en una condición moral tan baja. ¡Ay, ay, lectores, es posible! No hay profundidad de pecado y locura en la que un cristiano no sea capaz de sumergirse, si no está guardado por la gracia de Dios. El mismo apóstol bienaventurado, cuando descendió del tercer cielo, necesitó una «espinas en la carne» (v. 7) para impedirle que se «exalte por la grandeza de las revelaciones». Podríamos suponer que un hombre que ha sido elevado a esa región luminosa y bendita nunca más podría sentir los

sobresaltos del orgullo. Pero el hecho es que ni siquiera el tercer cielo puede curar la carne. Es totalmente incorregible y debe ser juzgada y mantenida bajo control, día tras día, hora tras hora, momento tras momento, de lo contrario nos dará mucho trabajo doloroso.

Sin embargo, nada puede afectar la posición del creyente. Él está en Cristo, para siempre, justificado, aceptado, perfecto en Él, y nunca podrá ser otra cosa. Además, siempre debe juzgar su estado por su propio estado, y nunca su estado por mi estado. Tratar de alcanzar el estado por mi estado es *legalismo*, negarse a juzgar mi estado por el estado es *antinomianismo*. Ambos, aunque muy diferentes entre sí, son asimismo falsos, igualmente opuestos a la verdad de Dios, igualmente ofensivos para el Espíritu Santo, igualmente alejados de la idea divina de «un hombre en Cristo».

3 - El hombre de Dios

Después de examinar las cuestiones profundamente interesantes del “hombre natural” y de lo que es «un hombre en Cristo», nos queda ahora detenernos un poco, en tercer y último lugar, en el tema tan práctico que sugiere el título de esta exposición, a saber: “El hombre de Dios”.

3.1 - Una observación previa: no todos los creyentes son hombres de Dios

Sería un gran error pensar que todo cristiano es un hombre de Dios. Incluso en la época de Pablo, en la época de Timoteo, muchos de los que llevaban el nombre de cristianos estaban lejos de comportarse como hombres de Dios, es decir, como verdaderos hombres de Dios, en medio del fracaso y el error que, ya en aquella época, comenzaban a insinuarse.

3.2 - Las enseñanzas de la Segunda Epístola a Timoteo

Es la percepción de este hecho lo que hace que la Segunda Epístola a Timoteo sea tan profundamente interesante. En ella encontramos lo que podríamos llamar disposiciones suficientes para el hombre de Dios, en el día en que está llamado a vivir,

un día oscuro, malo y peligroso, sin duda, en el que todos los que quieren vivir piadosamente deben mantener los ojos fijos en Cristo mismo –su nombre, su persona, su Palabra– si quieren dar un paso adelante contra la marea.

Es casi imposible leer la Segunda Epístola a Timoteo sin quedar impresionado por su carácter intensamente individual. El discurso inicial es muy característico. «Doy gracias a Dios, a quien sirvo con limpia conciencia como mis antepasados, que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones, noche y día» (2 Tim. 1:3).

3.3 - Una Epístola marcada por el declive espiritual

¡Qué palabras tan luminosas! ¡Qué conmovedor es escuchar a un hombre de Dios derramar los profundos y tiernos sentimientos de su gran corazón amante en el corazón de otro hombre de Dios! El querido apóstol comenzaba a sentir la influencia gélida que se extendía rápidamente sobre la iglesia profesada. Saboreaba la amargura de las esperanzas defraudadas. Se veía abandonado por muchos de los que antes habían profesado ser sus amigos y compañeros en aquella gloriosa obra a la que había dedicado todas las energías de su gran alma. Muchos se estaban volviendo vergonzosos del «testimonio de nuestro Señor» y de «su prisionero» (2 Tim. 1:8). No es que hubieran dejado de ser cristianos o que hubieran abandonado la profesión cristiana, sino que le daban la espalda a Pablo y lo dejaban solo en el día de la prueba.

3.4 - Las instrucciones destinadas a sostener al hombre de Dios en un día malo

Es en tales circunstancias cuando el corazón se vuelve, con especial ternura, hacia la fidelidad y el afecto individuales. Si uno está rodeado por todas partes de creyentes sinceros, de una gran multitud de testigos, de un gran ejército de buenos soldados de Jesucristo, si la marea de la devoción fluye alrededor del hombre y lo lleva en su seno, uno depende menos de la simpatía y la camaradería individuales.

Pero, por el contrario, cuando la situación general es mala, cuando la mayoría se muestra incrédula, cuando los antiguos compañeros pierden interés, es entonces cuando se aprecian especialmente la gracia personal y el afecto verdadero. El sombrío telón de fondo del declive general pone de relieve la devoción individual.

Así ocurre en esta exquisita Epístola que ahora se abre ante nosotros. Es reconfor-

tante para el corazón escuchar los suspiros del anciano prisionero Jesucristo, que puede hablar del servicio a Dios desde sus antepasados con conciencia pura, y del recuerdo incesante de su amado hijo y su fiel compañero de yugo.

3.5 - 2 cualidades fundamentales: una conciencia pura y una fe sincera

Es particularmente interesante observar que, tanto en lo que respecta a su propia historia como a la de su querido amigo, Pablo vuelve sobre hechos muy antiguos, hechos que forman parte de su propia trayectoria, hechos anteriores a su encuentro y a lo que podríamos llamar sus asociaciones eclesíásticas, por muy importantes e interesantes que sean sin duda estas cosas en su contexto.

Pablo había servido a Dios, desde sus antepasados, con una conciencia pura, antes de reconocerse cristiano. Pudo seguir haciéndolo, aunque todos sus compañeros cristianos lo abandonaran.

Así, en el caso de su fiel amigo, le dice: «Me acuerdo tu sincera fe, la cual habitó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice; y estoy persuadido que en ti también» (2 Tim. 1:5).

Es muy conmovedor y hermoso. No podemos sino sentirnos impresionados por tales referencias a la historia anterior de estos hombres amados por Dios. La «limpia conciencia» de uno y la «sincera fe» del otro indican 2 grandes cualidades morales que todos deben poseer si quieren mostrarse verdaderos hombres de Dios en un día oscuro y malo. La primera se refiere inmediatamente, en todas las cosas, al único Dios vivo y verdadero; la segunda tiene todas sus fuentes en Él. Esto nos lleva a caminar *delante de* Dios; y nos permite caminar *con* Él. Ambas son indispensables para formar el carácter del verdadero **hombre de Dios**.

3.6 - La importancia de tener una conciencia pura

Es imposible sobreestimar la importancia de mantener una conciencia pura ante Dios en todos nuestros caminos. Tiene un valor incalculable. Nos lleva a referirnos a Dios en todo. Nos impide ser sacudidos por las olas y las corrientes de la opinión humana. Confieren estabilidad y coherencia a todo nuestro recorrido y nuestro carácter.

3.7 - Una protección contra la opinión humana

Todos corremos el peligro inminente de caer bajo la influencia humana, de moldear nuestro camino según los pensamientos de nuestro prójimo, de adoptar su línea de conducta y de subirnos a sus caballos de batalla.

Todo esto es destructivo para el carácter del hombre de Dios. Si os inspiráis en vuestros semejantes, si os dejáis moldear por un patrón puramente humano, si vuestra fe se basa en la sabiduría del hombre, si vuestro objetivo es complacer a los hombres, entonces, en lugar de ser un hombre de Dios, os convertiréis en miembros de un partido o de una camarilla. Perderéis ese frescor y originalidad tan esenciales para el siervo individual de Cristo, y se os marcarán los rasgos particulares y dominantes de una secta.

3.8 - Que seamos guardados de empezar bien y terminar mal

Que seamos guardados cuidadosamente de eso. Ha arruinado a más de un siervo valioso. Muchos de los que podrían haberse revelado como obreros verdaderamente útiles en la viña fracasaron por completo porque no mantuvieron la integridad de su carácter y de su trayectoria individual. Comenzaron con Dios. Se comprometieron con una conciencia pura y con seguir el camino que una mano divina había trazado para ellos. Había en ellos un florecimiento, un frescor y un verdor muy refrescantes para todos los que entraban en contacto con ellos. Eran enseñados por Dios. Se acercaban a la fuente eterna de las Sagradas Escrituras y bebían por sí mismos. Quizás no sabían mucho, pero lo que sabían era cierto porque lo habían recibido de Dios, y eso les servía para algo, porque «en el barbecho de los pobres hay mucho pan» ([Prov. 13:23](#)).

3.9 - El peligro real de las influencias humanas

Pero, en lugar de continuar con Dios, se dejaron influir por los hombres; recibieron la verdad de segunda mano y se convirtieron en vendedores de los pensamientos de otros hombres; en lugar de beber de la fuente, bebieron de los arroyos de la opinión humana; perdieron su originalidad, su sencillez, su frescor y su poder, y se convirtieron en simples copistas, incluso en miserables caricaturas. En lugar de hacer brotar esos «ríos de agua viva» ([Juan 7:38](#)) que fluyen del verdadero creyente en

Jesús, cayeron en los detalles técnicos y los lugares comunes áridos de una religión puramente sistematizada.

3.10 - Vivir ante Dios en comunión personal con Él

Queridos lectores cristianos, hay que desconfiar de todo esto. Debemos velar por ello, orar por ello, creer en ello y vivirlo. Busquemos servir a Dios con una conciencia pura. Vivamos en su presencia inmediata, a la luz de su bendito rostro, en la santa intimidad de la comunión personal con él, por el poder del Espíritu Santo. Podemos estar seguros de que este es el verdadero secreto del poder para el hombre de Dios, en todo momento y en todas las circunstancias. Debemos caminar con Dios, en el sentimiento profundo y querido de nuestra responsabilidad personal hacia él. Esto es lo que entendemos por «una conciencia pura».

3.11 - La verdadera comunión cristiana

Pero ¿disminuirá esto en lo más mínimo nuestro sentimiento del valor de la verdadera comunión fraternal, de la santa comunión con todos los que son fieles a Cristo? En ningún caso; de hecho, es precisamente lo que dará poder, energía y profundidad a la comunión. Si cada «hombre en Cristo» cumpliera plenamente su tarea de «hombre de Dios», ¡qué comunión tan bendita habría! ¡Qué trabajo del corazón! ¡Qué esplendor, qué poder indudable! Qué diferencia con el aburrido formalismo de una aceptación puramente nominal de ciertos dogmas acreditados de un partido, por un lado, y con el simple *espíritu de cuerpo* de grupo, por otro.

Hay pocos términos de uso tan común y tan poco comprendidos como el de “fraternidad”. En muchos casos, simplemente indica la pertenencia nominal a una denominación religiosa, un hecho que no ofrece ninguna garantía de comunión viva con Cristo ni de dedicación personal a su causa. Si todos los que están nominalmente “en comunión” cumplieran plenamente con su tarea como hombres de Dios, ¡tendríamos el privilegio de ser testigos de una situación muy diferente!

3.12 - La comunión según Dios

Pero ¿qué es la comunión? En su máxima expresión, es tener un objetivo común con Dios y participar de la misma porción; y ese objetivo, esa porción, es Cristo,

conocido y apreciado mediante el Espíritu Santo. Eso es la comunión con Dios. ¡Qué privilegio! ¡Qué dignidad! ¡Qué bendición indescriptible! ¡Estar autorizado a tener un objetivo y una parte común con Dios mismo! ¡Delectarse en Aquel en quien Él se deleita! No hay nada más elevado, nada mejor, nada más precioso que eso. Ni siquiera en el cielo conoceremos nada más. Nuestra propia condición será, gracias a Dios, muy diferente. Habremos terminado con un cuerpo de pecado y muerte, y estaremos revestidos de un cuerpo de gloria. Habremos terminado con un mundo de pecado, tristeza y distracción, donde todo se opone directamente a Dios y a nosotros, y respiraremos la atmósfera, la atmósfera pura y exaltante de este mundo luminoso y bendito de arriba. Pero, en lo que respecta a nuestra comunión, ahora es como será entonces, «con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Juan 1:3, 7), «en la luz» y por el poder del Espíritu Santo.

3.13 - La diferencia entre una verdadera comunión y una simple asociación religiosa

Esto en cuanto a nuestra comunión con Dios. En cuanto a nuestra comunión unos con otros, se trata simplemente de caminar en la luz, como leemos: «Si andamos en la luz, como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado» (1 Juan 1:7). Solo podemos tener comunión unos con otros si andamos en la presencia inmediata de Dios. Puede haber una gran cantidad de simples relaciones sin una sola partícula de comunión divina. ¡Ay! ¡Ay! Gran parte de lo que se considera comunión cristiana no es más que simple charla religiosa, la charla insípida y sin valor que desgarrar el alma del mundo religioso y que nada puede ser más miserablemente improductivo. La verdadera comunión cristiana solo puede apreciarse a la luz.

3.14 - Las condiciones para la comunión mutua

Es cuando caminamos individualmente con Dios, en el poder de la comunión personal, cuando realmente estamos en comunión unos con otros, y esta comunión consiste en disfrutar verdaderamente de Cristo como nuestro único objeto, nuestra parte común. No se trata de un tráfico sin corazón de ciertas doctrinas favoritas que recibimos en común. No se trata de una simpatía morbosa con aquellos que piensan, ven y sienten como nosotros alguna teoría o dogma favorito. Se trata de algo completamente diferente. Se trata de regocijarse en Cristo, en común con todos los

que caminan en la luz. Es el apego a Él, a su persona, a su nombre, a su Palabra, a su causa, a su pueblo. Es la consagración conjunta del corazón y el alma a aquel que nos ha amado, que nos ha lavado de nuestros pecados con su propia sangre y que nos ha traído a la luz de la presencia de Dios, para caminar con él y unos con otros. Eso es, ni más ni menos, la comunión cristiana; y cuando se comprende verdaderamente, nos lleva a hacer una pausa y considerar lo que decimos cuando afirmamos, en un caso concreto, que “tal persona está en comunión”.

Pero debemos continuar con nuestra Epístola y ver qué disposición completa se prevé para el hombre de Dios, por muy sombrío que sea el día en que se decida su destino.

Hemos visto algo de la importancia –o más bien deberíamos decir, de la necesidad imperativa – de una «conciencia pura» y una “fe inquebrantable” en el equipamiento moral del hombre de Dios. Estas cualidades son la base misma de todo el edificio de la piedad práctica que siempre debe caracterizar al auténtico hombre de Dios.

3.15 - Los recursos y las responsabilidades del hombre de Dios

3.15.1. La energía perseverante del hombre de Dios necesaria para servir en medio de la ruina

Pero hay más que eso. El edificio debe ser erigido y los cimientos deben ser colocados. El hombre de Dios debe trabajar en medio de todo tipo de dificultades, pruebas, penas, decepciones, obstáculos, preguntas y controversias. Tiene que ocupar su lugar, seguir su camino, hacer su trabajo. Pase lo que pase, debe servir. El enemigo puede oponerse, el mundo puede fruncir el ceño, la iglesia puede estar en ruinas a su alrededor, los falsos hermanos pueden frustrar, obstaculizar y abandonar, las disputas, las controversias y las divisiones pueden surgir y ensombrecer el ambiente, pero el hombre de Dios debe seguir adelante, independientemente de todas estas cosas, trabajar, servir, dar testimonio, según el ámbito en el que la mano de Dios lo ha colocado y según el don que se le ha conferido.

3.15.2. El don de la gracia de Dios debe reavivarse (si es necesario), cultivarse y ejercitarse

¿Cómo debe hacerse esto? No solo manteniendo una conciencia pura y ejerciendo una fe inquebrantable –cualidades inestimables e indispensables– sino que, además,

debe prestar oído a la siguiente exhortación: «Por esto te aconsejo que avives el don de Dios que hay en ti, por la imposición de mis manos» (2 Tim. 1:6).

El don debe ser estimulado, de lo contrario corre el riesgo de volverse inútil si se deja dormir. El peligro de dejar que el don caiga en desuso bajo la influencia desalentadora de las circunstancias circundantes es grande. Un don que no se utiliza se vuelve rápidamente inútil, mientras que un don que se estimula y se utiliza con diligencia crece y se desarrolla. No basta con poseer un don, hay que ser consciente de él, cultivarlo y ejercerlo. Así es como se mejora.

Observen la fuerza particular de la expresión «don de Dios». En Efesios 4 leemos «el don de Cristo», y allí también encontramos todos los dones, desde el más elevado hasta el más humilde, que descienden de Cristo, el Jefe resucitado y glorificado de su Cuerpo, la Iglesia. Pero en 2 Timoteo lo definimos como «el don de gracia de Dios». Es cierto –¡bendito sea su santo nombre!– que nuestro Señor Cristo es el Dios de todos, bendito eternamente, de modo que el don de Cristo es el don de Dios. Pero podemos estar seguros de que nunca hay una distinción en las Escrituras sin diferencia; y, por lo tanto, hay una buena razón para la expresión «don de Dios». No dudamos de que está en plena armonía con la naturaleza y el objeto de la Epístola en la que aparece. Se trata del «don de Dios» comunicado al «hombre de Dios» para que lo utilice a pesar de la desesperada ruina de la iglesia profesa, y a pesar de todas las dificultades, la oscuridad y el desánimo del día en que se decide su destino.

3.15.3. El espíritu de poder, amor y sensatez (o sabiduría) para los últimos días

El hombre de Dios no debe dejarse impedir de cultivar y ejercer su don con diligencia, aunque todo parezca oscuro y prohibido, porque «no nos ha dado Dios un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de sensatez» (2 Tim. 1:7). Aquí «Dios» vuelve a introducirse en nuestros pensamientos, y lo hace de una manera llena de gracia, proporcionando a su hombre precisamente lo que necesita para responder a la exigencia especial de su día: «un espíritu de fortaleza, de amor y de sensatez».

¡Maravillosa combinación! ¡Verdaderamente, un compuesto exquisito según el arte del divino boticario! ¡Fortaleza, amor y sensatez (o sabiduría)! ¡Qué perfección! Ni un ingrediente de más, ni uno de menos.

Si solo fuera un espíritu de poder, podría dirigir todo con mano firme. Si solo fuera un espíritu de amor, podría llevar a sacrificar la verdad en nombre de la paz, o a tolerar con blandura el error y el mal en lugar de rechazarlos. Pero el poder se sua-

viza con el amor, y el amor se fortalece con el poder; además, el espíritu de consejo y sabiduría interviene para ajustar tanto el poder como el amor. En una palabra, es una disposición divinamente perfecta y hermosa para el hombre de Dios, lo que necesita para «los últimos días», tan peligrosos, tan difíciles, tan llenos de todo tipo de cuestiones desconcertantes y contradicciones aparentes. Si se le preguntara a alguien qué consideraría más necesario para días como estos, sin duda respondería de inmediato: “fuerza, amor y fortaleza de espíritu”. Pues bien, bendito sea Dios, estas son precisamente las cosas que él ha dado generosamente para formar el carácter, moldear el camino y gobernar la conducta del hombre de Dios hasta el fin.

3.16 - Participar en los sufrimientos del Evangelio

Pero hay otras disposiciones y exhortaciones para el hombre de Dios. «No te avergüences del testimonio de nuestro Señor, ni de mí, su prisionero, sino participa en las aflicciones por el Evangelio, según el poder de Dios» (2 Tim. 1:8). En los días de Pentecostés, cuando la rica y poderosa marea de la gracia divina se derramaba y llevaba en su seno a miles de almas redimidas, cuando todos eran un corazón y un espíritu, cuando los de fuera quedaban impresionados por las extraordinarias manifestaciones del poder divino, se trataba más bien de participar en los triunfos del Evangelio que en sus aflicciones. Pero en la época evocada en 2 Timoteo, todo ha cambiado. El amado apóstol es un prisionero solitario en Roma; todos los de Asia lo han abandonado; Himeneo y Fileto niegan la resurrección; todo tipo de herejías, errores y males se introducen; los puntos de referencia corren el peligro de ser barridos por la marea de la apostasía y la corrupción.

3.17 - Los caracteres que debe tener el hombre de Dios

Ante esto, el hombre de Dios debe armarse para la ocasión. Debe soportar la dureza, aferrarse firmemente al modelo de las sanas palabras, guardar el buen depósito que le ha sido confiado, fortalecerse en la gracia que hay en Cristo Jesús, mantenerse al margen, sea cual sea su compromiso, mantenerse libre como un soldado, aferrarse al sólido fundamento de Dios, separarse de los vasos deshonorosos de la casa grande, huir de los deseos de la juventud y *perseguir la justicia*, la fe, el amor y la paz, junto con los que invocan al Señor con un corazón puro. Debe evitar las cuestiones insensatas y sin sentido. Debe apartarse de los hombres que tienen apariencia de piedad y carecen de afecto natural. Debe estar perfectamente equipado para toda

buena obra, perfectamente equipado por el conocimiento de las Sagradas Escrituras. Debe predicar la Palabra, estar presente a tiempo y a destiempo. Debe velar en todo, soportar las aflicciones y hacer la obra de un evangelista.

3.18 - Los recursos del hombre de Dios en tiempos difíciles

¡Qué ámbito para el hombre de Dios! ¿Quién es suficiente para estas cosas? ¿Dónde se encuentra el poder espiritual necesario para tales obras? Se encuentra en el propiciatorio. Se encuentra en la espera seria, paciente y creyente del Dios vivo, y de ninguna otra manera. Todas nuestras fuentes están en él. Solo tenemos que beber de él. Él es suficiente para el día más oscuro. Las dificultades no son nada para él, y son pan para la fe. Sí, queridos lectores, las dificultades de la naturaleza más imponente son simplemente pan para la fe, y el hombre de fe puede alimentarse de ellas y fortalecerse. La incredulidad dice: «El león está en el camino» ([Prov. 26:13](#)); pero la fe puede matar al león más fuerte que jamás haya rugido en el camino del Nazareno de Dios. Es privilegio del verdadero creyente elevarse por encima de todas las influencias hostiles que lo rodean, sean cuales sean o provengan de donde provengan, y, en la calma, la tranquilidad y la claridad de la presencia divina, disfrutar de una comunión tan elevada y saborear privilegios tan ricos y raros como los que nunca se han conocido en los días más brillantes y los más oscuros de la Iglesia.

3.19 - El verdadero y gran recurso se encuentra siempre en un Cristo glorificado

Recordemos esto. Todo hombre de Dios debe recordarlo. No hay consuelo, paz, fuerza, poder moral ni verdadera elevación que se pueda obtener de la contemplación de las ruinas. Debemos levantar los ojos de estas ruinas hacia el lugar donde nuestro Señor Cristo ha tomado asiento, a la diestra de la majestad en los cielos. O más bien, para hablar más acorde con nuestra verdadera posición, deberíamos mirar desde nuestro lugar en los cielos hacia todas las ruinas de la tierra. Ser conscientes de nuestro lugar en Cristo y estar ocupados en cuerpo y alma con él, es el verdadero secreto del poder que nos permite comportarnos como hombres de Dios. Tener a Cristo siempre ante nosotros –su obra para la conciencia, su Persona para el corazón, su Palabra para el camino– es el único remedio grande, soberano y divino para un yo arruinado, un mundo arruinado, una iglesia arruinada.

3.20 - Una invitación al estudio personal de la Segunda Epístola a Timoteo

Pero debemos concluir. Sería un gran placer detenernos, en compañía de los lectores, en el contenido de esta preciosa 2 Timoteo. Sería realmente refrescante detenernos en todas sus conmovedoras alusiones, sus serias llamadas, sus poderosas exhortaciones.

Pero eso requeriría un volumen, por lo que debemos dejar que los lectores cristianos estudien la Epístola por sí mismos, orando para que el Espíritu eterno que la dio pueda desplegarla y aplicarla con poder vivo a sus almas, a fin de que sean capacitados para comportarse como hombres de Dios y siervos de Cristo, serio, fiel e íntegro, en medio de un escenario de profesiones vacías y religiosidad mundana sin corazón.

3.21 - Un llamamiento a la consagración total

¡Que Dios, que es bueno, nos impulse a todos a una consagración más completa de nosotros mismos, espíritu, alma y cuerpo, todo lo que somos y todo lo que tenemos, a su servicio! Creemos que podemos decir sinceramente que aspiramos a ello, que lo anhelamos en lo más profundo de nuestro ser, que lo anhelamos cada vez más intensamente a medida que nos sentimos cada vez más enfermos por la deplorable situación que nos rodea y en nuestro interior.

Oh, amados cristianos, imploramos sinceramente, con fe y perseverancia, a nuestro Dios siempre benevolente que nos haga más verdaderos, más íntegros, más completamente dedicados a nuestro Señor Jesucristo en todas las cosas.